MUJERES DE VERDAD Y MUJERES DE MENTIRA

SANTA TECLA

TECLA

Del libro de Carlos García Gual Audacias Femeninas (Madrid, 1991, Editorial Nerea)

KMKElkarrizketak
DiálogosKMK

También yo tengo una ciudad ilustre, Iconio, y una familia prestigiosa, y una riqueza no pequeña. Pero he despreciado el matrimonio, y a mi ilustre prometido, Támiris, por amor a la castidad y la virginidad, y por hacerme esclava de Cristo, que es la más feliz esclavitud y mejor que cualquier libertad. Por eso he sido expulsada de mi ciudad y ando vagabunda lejos de ella.

Vida de Santa Tecla, 15, 43 y ss.
(Palabras de Tecla a Alejandro).

Todavía el autor de la *Vida de Santa Tecla,* un monje que vivió en la ciudad de Seleucia en el siglo V de nuestra era, sigue repitiendo la antigua sentencia: «Nada hay, en efecto, tan decoroso para las mujeres, nada tan apropiado a ellas, como el silencio y el estarse quietas» (o.c., 12, 5-6). La antigua consigna proclamada por Pericles y resonante en Sófocles vuelve casi novecientos años después, en el texto hagiográfico cristiano. Aunque no son exactamente las mismas palabras (el término clásico era *sigé;* el monje dice *siopé kaì tò eremeîn),* quieren decir exactamente lo mismo: que las mujeres deben quedarse en su casa y no alborotar.

Lo cual no deja de ser contradictorio con su elogio de una mujer, elevada a la santidad, que ni se quedó en su casa ni se mantuvo en silencio, sino que salió por los caminos y produjo notables alborotos: la famosa e inquieta Santa Tecla. Me importa señalar, desde un comienzo, que voy a tomar el texto de la *Vida y Milagros de Santa Tecla,* de mediados del siglo V, atribuido antes a Basilio de Seleucia, -pero fruto benemérito de la docta piedad de un monje de la misma ciudad poco amigo del obispo- como base de estas consideraciones sobre la peregrina y alborotadora santa. Esta *Vida* es una amplificación de los sucesos ya relatados en los *Hechos de Pablo y Tecla (los Acta Pauli et Theclae,* incluidos generalmente en los *Acta Apostolarum Apocrypha)* redactados a finales del s. 11. En la Vida se refunden y amplían los episodios de los *Hechos,* situando a Tecla como protagonista y marginando a San Pablo. Esta es justamente la perspectiva que nos interesa aquí, de modo que seguiremos el relato del anónimo monje.

Este piadoso biógrafo tardío, llevado por su devoción a la santa, un patriotismo local (que le impulsa a hacer propaganda del culto más famoso de su ciudad, Seleucia), y, una retórica un tanto escolar, compone su narración con entusiasmo. Pero no es, desde luego, un partidario de la liberación femenina. Todo lo contrario: oscurece algunos trazos «feministas» del texto originario y añade algunas glosas que destacan la díscola condición de las mujeres (como G. Dagron anota oportunamente) l. Por otra parte, también es cierto

que San Pablo no sale muy bien parado de su relato. Frente a la decidida actitud de Tecla, el apóstol de los gentiles se deja llevar por los acontecimientos, más resignado que audaz.

Que los *Hechos de Pablo y Tecla* estaban ya escritos y circulaban entre las comunidades cristianas a finales del siglo 11 lo sabemos porque Tertuliano alude a este texto en su *De bautismo.* Tertuliano lo cita para denunciar su carácter apócrifo. No vaya a ser que algunas mujeres, tontas v desvergonzadas, tomen a Tecla como un ejemplo para asignarse el derecho a enseñar y bautizar. El apologeta africano era, como se sabe, un machista de tomo y lomo.

«Pero la desvergüenza de la mujer, que ya ha usurpado el derecho de enseñar ¿irá hasta arrogarse el de bautizar? No, a menos que no surja una nueva bestia semejante a la primera. ¡Aquella pretendía suprimir el bautismo, y ahora otra querría administrarlo ella! Y si estas mujeres invocan las *Actas* que llevan por equívoco el nombre de Pablo y reivindican el ejemplo de Tecla para defender su derecho a enseñar y a bautizar, que sepan bien esto: es un sacerdote de Asia quien ha forjado esa obra, enmascarando su propia autoridad bajo el nombre de Pablo. Acusado de fraude, confesó haber obrado así por amor de Pablo, y fue depuesto. De hecho, ¿es verosímil que el apóstol diera a la mujer el poder de enseñar y bautizar, él que no dio a las esposas **sino** con restricciones el permiso para instruirse? "Que se callen, dijo, y que pregunten en el hogar a sus maridos"» *(I Cor.* 14, 34-35) *(De bautismo,* 17, 4).

Pese a la condena del iracundo Tertuliano, una condena que aún recuerda bien el docto San Jerónimo, el prestigio de Santa Tecla fue en aumento durante siglos. Autores de indiscutible ortodoxia la mencionan como una santa acreditada y ejemplar. Su culto va cobrando más y más adeptos, como muestran las construcciones del templo de Hagia Thekla, y la tradición de sus milagros. Desde el siglo III Santa Tecla es celebrada como «el símbolo casi obligado de la castidad y el monaquismo femenino». En el estupendo *Banquete de las diez Vírgenes* (extraño epígono de la tradición simposíaca en la literatura) es Tecla quien pronuncia la más exaltada apología de la castidad y quien, a la postre, dirige el coro de doncellas final.

No es raro que fuese así. Diversos elementos se combinan en la vida de Tecla, fogosa peregrina y reiterada mártir de la fe cristiana, tras su conversión fulminante después de oír al iluminado Pablo. Hay, sin duda, otras mujeres fervorosas y santas en esos *Acta apocrypha,* que siguen a otros apóstoles predicadores y son modelos de castidad. Algunos episodios de la Vida de la santa tienen un regusto tópico. Hay muchos mártires expuestos a pruebas semejantes. Pero ninguna otra historia se dibuja con un paralelismo tan notable a los relatos románticos de amor y aventuras. Como ya analizó

Rosa Söder, en un buen libro sobre esos paralelos entre novelas y hechos hagiográficos *(Die apokryphen Apostelgeschichten und die romanhafte Literatur der Antike,* Stuttgart, 1932), muchos motivos y episodios parecen ecos buscados y son de gran parecido. El romanticismo sirve ahora a una nueva propaganda religiosa. Los santos y santas sufren persecución y se mantienen fieles en los peligros, como hacían los jóvenes amantes de las novelas, que también eran castos y mártires por amor.

Pero no hay otra santa tan novelesca ni doncella tan peregrina como Tecla, cuya historia vamos a resumir a continuación. (Ya sé que las historias de santos no son un género literario en boga: intentaré destacar lo esencial).

II

Fue en su casa y en su ciudad natal de Iconio (una pequeña ciudad de Licaonia, en el interior de la actual Turquía), donde Tecla escuchó la voz predicadora de Pablo aquella tarde que cambió su vida. Ella era de noble y rica familia, andaba ya en edad de contraer matrimonio (unos catorce o quince años) y estaba prometida al joven más acaudalado de la población. Pero oyó las palabras de Pablo.

El apóstol de los gentiles predicaba en casa de su vecino, un tal Onesíforo, que albergaba al evangélico peregrino. (Lo de tener un vecino convertido a la doctrina cristiana tenía sus riesgos, como se ve en este caso.) La muchacha se asomaba a la ventana para escuchar al predicador. Y no pudo despegarse de ella, embelesada por su hechizo. Extasiada y atónita, acodada en la ventana, se quedó Tecla largo tiempo. (Las *Actas* dicen que tres días y tres noches, sin probar alimento ni bebida. La Vida no es tan precisa).

Los sirvientes, su madre, y, más tarde, su prometido la observaban asombrados. Tanto la madre, Teoclea, como el joven, Támiris, le hicieron todo tipo de advertencias y reconvenciones. No era decente que una muchacha ya comprometida se dejara seducir así por las palabras de un extraño, y por las doctrinas de una secta religiosa sospechosa de atentar a la moral y religión tradicional. La joven no deponía su arrobada actitud. En vano los llantos llenaban la casa; Tecla sólo oía a Pablo.

Enfurecido, Támiris no halló otro remedio que acudir ante el procónsul romano y denunciar la actitud y la prédica de Pablo. Con sus pintorescas teorías sobre la virginidad y la renuncia al matrimonio, base última de la sociedad, pretendía, según el prometido de Tecla, sabotear los fundamentos de la familia y, por lo tanto, de la moral y del Estado.

Aunque Pablo se defiende con un buen discurso, el procurador romano, un tanto indeciso, manda llevarlo al calabozo.

No se arredró Tecla ante la noticia de su apresamiento. Por el contrario, tomó una arriesgada decisión. Vendió sus joyas para sobornar a los carceleros, y acudió junto a él en la lóbrega mazmorra. Durante la noche Pablo le siguió predicando la doctrina y la exhortó a mantenerse firme en la nueva fe. Al descubrirse en casa de Tecla su ausencia durante toda la noche, la familia y Támiris redoblan su escándalo y su enojo. El enfurecido y escaldado novio denuncia a Pablo como corruptor de menores.

No le faltan argumentos: «Este, dice, ha introducido una nueva enseñanza, extraña y perniciosa para la estirpe humana. Denigra el matrimonio; sí, ese matrimonio que es, como sabéis, el principio, la raíz, y la fuente de nuestra naturaleza. De él proceden los padres, las madres, los hijos y las familias. Gracias a él han nacido las ciudades, los pueblos y los campos cultivados. De él dependen la agricultura, la navegación de los mares, y todos los recursos de nuestro estado -las cortes, el ejército, los altos cargos, la filosofía, la retórica... Lo que es más, del matrimonio dependen los templos y los santuarios de nuestra tierra, los sacrificios, los ritos, las iniciaciones, las plegarias, y los días solemnes de fiesta ... » *(Vita,* 16).

Aunque Pablo de nuevo hace su apología con notable brío, insistiendo en que no se abomina del matrimonio en general, sino que señala un camino de santidad en la vida casta de algunos más piadosos, es condenado a la pena de azotes y a la expulsión de la ciudad.

A Tecla el procónsul le dirige una arenga recomendándole vivamente una boda pronta, con argumentos parecidos a los de Támiris ". Ella no se molesta en replicarle de palabra, **sino** que mantiene su obstinada actitud, rechazando a su prometido. Tanto su indignada madre, como el influyente joven presionan al magistrado romano a que, con sentencia ejemplar, la condene a morir en la hoguera. El procónsul decide concluir así el caso.

Primer intento, pues, de martirio y primer fiasco de los verdugos. Tecla invoca el nombre de Cristo y se produce el milagro. Las llamas que se alzan de la pira la envuelven sin dañarla -sirven para cubrir pudorosamente su desnudez, según el monje biográfico- y, de pronto, los cielos dejan caer una tremenda lluvia que apaga la hoguera y provoca una catástrofe en la ciudad. Es tal el granizo y la tormenta que muchos, centenares de miles, de los habitantes de Iconio perecen arrastrados por las aguas. (En justo castigo, comenta nuestro monje.)

Aprovechando la tromba de agua Tecla se evade para reunirse con Pablo y Onesíforo, que están refugiados en una tumba en las afueras. Tecla proclama su deseo de seguir a Pablo, su maestro amado, a donde quiera que él se dirija. Considerando la gran belleza de la muchacha, Pablo sospecha futuras complicaciones. Con el fin de pasar desapercibida, Tecla se corta su espléndida y larga cabellera, y se viste como un muchacho.

Así llegan a Antioquía, la famosa gran ciudad de Siria. A la entrada de la ciudad, uno de sus principales príncipes, un tal Alejandro, la ve y queda prendado de su belleza, aun sin discernir bien si se trata de un joven o una muchacha. Pablo no quiere darle pistas al respecto. Alejandro trata de atraerla con palabras y, tras fracasar en sus súplicas, se abalanza sobre ella, que lo tumba de un violento empujón.

De nuevo la joven es conducida ante un tribunal. El perverso Alejandro la acusa de ser una prostituta y de haberle dañado con sus golpes. Presionado por el poderoso ciudadano, el tribunal la condena a las fieras del circo. Pero Tecla ha logrado que una rica viuda local, que acaba de perder a su hija, se compadezca de ella y la albergue en su casa hasta el día del suplicio, para proteger su doncellez de otros ataques.

Esta viuda acaudalada (y pariente del Emperador) recibe entonces, en sueños la visita de la hija fallecida, Falconilla, que ruega a su madre que Tecla rece a su dios en su favor. Tecla así lo hace, y la viuda Trifena le queda muy reconocida.

El día del suplicio Tecla es conducida al circo y arrojada a las fieras. Pero de nuevo el milagro a su favor: una leona se pone a su lado para defenderla de cualquier otra fiera. Así pelea cruelmente contra un león y contra un oso, a los que mata antes de quedar muerta de las terribles heridas. Los espectadores asisten maravillados al espectáculo. (Nuestro monje no deja de subrayar la extraordinaria calidad del milagro, superior a otros bíblicos.)

Pero un nuevo tormento aguarda a la heroína, que es empujada al estanque de las focas. (Es un tanto sorprendente que nuestro autor considere a las focas como terribles monstruos, devoradoras de hombres. ¿Es que las ha confundido con los cocodrilos?) Oportunamente un fuego desciende del cielo para envolver a la joven (otra vez cubre su desnudez) y la protege, mientras que ella aprovecha la inmersión en el estanque de las fieras para bautizarse a sí misma en nombre de Cristo.

Nuevas bestias feroces son enviadas contra la mártir, pero los espectadores apiadados (en los *Acta* eran sólo las espectadoras, en un gesto de solidaridad femenina) arrojan perfumes que atontan y marean a los animales. El turbio y maligno Alejandro dispone un último recurso: manda sacar a la arena unos toros, a los que en el bajo vientre

les han atado unas brasas para enfurecerles más. Pero el truco sale mal. Las llamas les resultan mortíferas a los toros, mientras que, entre ellas, Tecla se ve libre de sus ataduras.

Por entonces Trifena, incapaz de soportar tan cruel martirio, cae desmayada. La multitud se alborota, y el gobernador, temeroso de que la muerte de la pariente del Emperador produzca un temible acceso de cólera del mismo, opta por cancelar el suplicio. (El autor recuerda a algunos magos famosos, pero subraya que la joven por su fe, estaba muy por encima de ellos.) En el nuevo interrogatorio, Tecla hace una brillante apología de la fe cristiana. El gobernador la deja en libertad, y la muchacha regresa triunfante a la casa de la noble Trifena, ya recuperada. La acaudalada dama se convierte la primera, así como luego otras señoras de la localidad acuden a visitar en tropel a la maravillosa Tecla.

En Antioquía, pues, funda un primer centro de catequesis. A continuación sale en busca de Pablo, al que encuentra en Myra, capital de Licia, después de un largo viaje, por tierra y mar, que hace acompañada por fieles discípulos. Allí Pablo queda admirado de la tenacidad y prodigiosa conducta de la muchacha. En un bello discurso, Tecla le da las gracias por todas sus enseñanzas acerca de Cristo, la Trinidad, y los beneficios de la virginidad. Se despide de Pablo y vuelve a lconio.

Allí reencuentra a su madre (y parece que la convierte a la auténtica fe). El desventurado Támiris ya se ha muerto. No se detiene en su ciudad, sino que prosigue una ruta que la lleva hasta la ciudad famosa de Seleucia. (El monje hace un elogio de su ciudad, que destaca por su ambiente rural, su riqueza y su cultura; sólo la sobrepasa Tarso en el hecho de haber producido un santo tan imponente como Pablo.) Allí se instala en una colina cercana, fundando un santuario.

Desde la colina de Seleucia, Tecla predica la palabra de Cristo, convierte y bautiza a muchos, y con su prestigio eclipsa pronto al del oráculo local de Sarpedón, un *daímon* muy antiguo, un demonio según nuestro monje. Tras muchos años de predicación y de milagros numerosos, en pleno apogeo de su fama, Tecla desaparece, hundiéndose en una hendidura que Dios abre en el suelo; penetra viva en la tierra santa, como si fuera un héroe antiguo.

Justamente para conmemorar el milagro se levantará en aquel lugar el altar de la iglesia que llevará su nombre: Santa Tecla, *Hagia Thekla,* que pronto se convertirá en un gran centro de peregrinaciones en busca de los milagros y la protección de la santa, con un halo prestigioso que durará varios siglos.

III

Como muy bien ha señalado G. Dagron, en este relato biográfico advertimos ciertas repeticiones de motivos y de personajes que nos evocan el típico relato escalonado, un *réczt à tiroirs,* que es, por otro lado, un viaje iniciático con sus pruebas, un tanto típicas. Tenemos al agresor (Támiris y Alejandro), la madre (la dura Teoclea y la afectuosa Trifena), y el juez (también repetido, uno en Iconio y otro en Antioquía); y también las fieras y las muchedumbres se repiten, del mismo modo que los milagros del fuego protector. Por dos veces es atada Tecla. Pero hay una diferencia notable entre los deseos de Támiris, que es su prometido y desea desposaría, y la agresión sexual del pervertido Alejandro; el novio que reclama sus derechos, y que atenta a su virginidad de acuerdo con la costumbre y la ley, es reemplazado por el depravado magnate de Antioquía, que trata a Tecla como a una prostituta.

Un carácter especialmente duro tiene su madre, que, cuando la muchacha rechaza el matrimonio y se declara prosélita de Pablo, está dispuesta a matarla, y reclama que sea condenada a muerte. Esta madre rigurosa y acaso imposible de convertirse a la nueva fe cristiana contrasta con la viuda Trifena, verdadera madre adoptiva, protectora de Tecla, y pronto convertida. Una vez más el afecto y la fe resultan lazos más fuertes que los familiares.

Hay también algunos cambios sugestivos entre las escenas de martirio, así como en el comportamiento de las muchedumbres. Mientras los inconmovibles espectadores de Iconio son castigados con la tromba de agua, los de Antioquía se dejan conmover por los suplicios, y, a la postre, están casi de parte de la joven y derraman sus perfumes sobre las fieras para salvarla. (En los Acta eran sólo las mujeres quienes estaban a su lado, como antes la leona, por solidaridad femenina.) También Tecla ha evolucionado: la joven silenciosa se ha vuelto una hábil y persuasiva predicadora, admirada incluso por Pablo.

La temática fundamental está muy destacada desde el comienzo: la iniciación en la fe va unida a la rebelión de Tecla en el terreno de la sexualidad. Cito unas líneas de G. Dagron: «Tecla es mujer, expuesta a la violación, desnuda más a menudo de lo previsto, y ampliamente traicionada por su belleza incluso bajo su disfraz de hombre. Pero esa feminidad la vemos despertar, volverse contagiosa y conquistadora, transformarse progresivamente en algo más. Tecla abandona progresivamente sus signos externos: sus joyas, que le servirán para corromper a los guardias de la cárcel; sus cabellos, que ella misma se corta; sus vestidos de mujer, que cambia por vestidos de hombre. En Iconio ella está sola contra todas las mujeres, o, más bien, contra todas las madres y, en particular, contra la suya, que oponen a su ideal de castidad un ideal de procreación natural; pero en Antioquía es defendida por las mujeres y por Trifena, una madre escogida

por encima de los lazos de sangre, quienes forman en el tribunal y en el anfiteatro una opinión pública distinta a la de los hombres y del todo a su favor; un grupo que no duda en intervenir echando perfumes para adormecer a las fieras. La solidaridad femenina se extiende hasta las bestias: la leona la defiende contra un león, y las mujeres lloran unánimemente su muerte. Es el momento del feminismo activo, tras el cual viene una extraña ruptura de la barrera entre los sexos: Tecla abandona el hogar de Trifena con un séquito "de muchachos y muchachas", cuya presencia en Myra sorprende a Pablo, y con un vestido de hombre que es ahora ya su verdadero hábito, y que detiene las miradas indiscretas o concupiscentes.

«Su actitud ante los hombres cambia también por completo: después de haber permanecido obstinada y silenciosa ante el amable Támiris, Tecla vence físicamente al afeminado Alejandro, y milagrosamente a los sustitutos bestiales que son el león, muerto por la leona, y los toros, abrasados en sus testículos al intentar enfurecerlos más (ingenuo y superlativo símbolo de la agresión sexual.)

La impotencia masculina queda en evidencia de todos modos, mientras que la androginia latente de la virgen, que señalaba ya su alianza con el fuego -fuego de la hoguera que respeta y esconde su desnudez, fuego del rayo que aniquila las focas, fuego del hierro al rojo que quema las cuerdas que la ataban a los toros-, se despliega en un símbolo de su verdadera naturaleza y su verdadera vocación.

Sorprendente historia**,** y cuán moderna, al ilustrar tan crudamente tres etapas de una revuelta femenina: el rechazo de la sumisión al hombre y a la maternidad, la solidaridad del género femenino en su conjunto**,** y la abolición de la diferencia.»

Hasta aquí G. Dagron, en su excelente introducción a la Vida**;** en la que también analiza otros rasgos del texto y el contexto de la leyenda.

Hay en este edificante y ejemplar relato muchos otros trazos significativos, que ya habrá detectado el lector. Por ejemplo, la rebeldía de la protagonista ante el poder establecido y representado aquí por los tribunales y altos funcionarios romanos. Tanto el procónsul como el gobernador son representantes del orden, y ceden a las presiones de los acusadores, con una cierta desgana o con una convicción poco fundamentada. Pablo no logra salir bien parado a pesar de sus buenos discursos, y es Tecla sola quien tiene que enfrentarse a los peligros de muerte. Pero firme en la fe, con esa fortaleza que le había predicado Pablo, va adquiriendo una elocuencia y una capacidad de conversión que dejan maravillado a su propio maestro. A él está unida por una extraña mezcla de atracción erótica sublimada (amor de flechazo, aunque no de vista, sino de oído) y de admiración intelectual. Pero es ella quien se bautiza y se propone como maestra de nuevos cristianos,

sin la mediación de Pablo (que tampoco la protege de ningún suplicio, sino que se esfuma antes, apaleado y desterrado). Por otro lado su extraña desaparición final, no muerta sino enterrada en vida, para convertirse en numen protector del santuario, recuerda el último avatar de otros héroes griegos, como Anfiarao o Trofonio.

IV

En la época en que se difunde la leyenda de Santa Tecla, desde mediados del s. II, las actitudes respecto a la sexualidad y el matrimonio, y también la posición de la mujer dentro de la iglesia cristiana estaban en vivaces controversias. De un lado está el tema de que los individuos tengan libertad para disponer de su cuerpo y, frente a las posibles presiones sociales, decidan conservar su virginidad y no consumar un matrimonio impuesto. Del otro la valoración de esa abstinencia sexual y el apartamiento de las obligaciones políticas en relación con su fe. Son las mujeres, en este terreno, las que ofrecen ejemplos más significativos de las nuevas posturas. Conviene, de todos modos, subrayar que tales actitudes no son una novedad del cristianismo, sino que coinciden con tendencias de la sociedad helénica tardía, por diversas causas.

No voy a entrar aquí en ellas ni tampoco expondré un panorama de esta época, muy compleja y muy inquieta. Recomiendo a quienes se interesen por ella los libros de Aline Rouselle, *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial,* trad. esp.ª, Barcelona, 1989, Peter Brown, *The Body and Society. Men, Women*, *and Sexual Renunciation in Early Christianity,* Columbia Univ. Press, Nueva York, 1988, Clementina Mazzucco, «E *fu fatta maschio». La donna nel cristianesimo primitivo*, Turín, 1989, y el artículo de Lellia Cracco Ruggini, «La donna e il sacro, tra paganesimo e cristianesimo» (publicado en *Atti del II conv. naz*. *di studi su La Donna nel Mondo Antico,* Turín 1990, pp. 243-275, que en sus notas reúne una espléndida bibliografía sobre todos estos temas.)

Es cierto que en el cristianismo (por ejemplo en la herejía montanista) y en algunas sectas gnósticas todas esas posturas en torno a la sexualidad y la virginidad se extreman, pero ya en los círculos paganos de la época, como bien señala A. Rousselle, se dejan notar esas tendencias, como resultado de un complejo y largo proceso de liberación del individuo, y sobre todo de la mujer. También la insistencia en las novelas de la defensa de la castidad y la libertad de elección individual es sintomática.

Sin entrar ahora en análisis históricos concretos, ni perseguir los excesos de las desviaciones heréticas, anotemos que el énfasis en la abstinencia sexual, en la virginidad, en el ascetismo corporal, va unido a una valoración del individuo que decide su actitud y

los usos de su cuerpo, al margen de las presiones políticas y familiares. El énfasis en la virginidad coincide con él lento desgarramiento de la polis y con el aislamiento buscado por muchos. Es no sólo la época de las novelas, sino también la de extraños proselitismos religiosos, y la de los comienzos de] monaquismo y los ideales anacoretas. Esa rebelión contra la polis y la familia viene de mucho antes, pero los síntomas del rechazo se acentúan desde mediados del siglo II. La aparición del monaquismo cristiano es un síntoma claro, pero refleja tendencias latentes desde hacía largo tiempo.

Más que el aprecio por la doncellez, defendida de los múltiples asedios del mundo, un rasgo que ya encontrábamos en las novelas y que también se reviste de halo religioso en la de Heliodoro, nos gustaría destacar, con el ejemplo de Tecla, la liberación femenina de la presión familiar hacia un matrimonio decidido por los padres (y singularmente por la madre, que es quien vela por la pureza de la hija y por su buena reputación. Tanto en el caso de Tecla, como en el de Leucipa.)

Si Leucipa y Clitofonte (y otros jóvenes románticos) rechazaban una boda que no se basaba en el amor y la propia elección, en el caso de Tecla se avanza más. Porque ella no sólo rechaza un matrimonio ya pactado, sino la misma institución del matrimonio. Convertida por las palabras de Pablo, decide consagrar su virginidad a Dios**;** acto no sólo de rebeldía, sino de testimonio revolucionario. (Tanto los Acta como la Vida son bastante cautos, para no incurrir en herejía o en una postura extrema inconveniente. El apóstol no proclama la castidad como un camino único, ni se opone a la institución matrimonial, sino que tan sólo advierte de la mayor santidad de ese camino hacia la salvación.)

Hay en esa *Vida de Santa Tecla* y ya en los *Hechos de Pablo y Tecla* muchos motivos románticos, paralelos a los de las novelas contemporáneas. (Las de Aquiles Tacio, y Heliodoro, y otras perdidas.) Como la joven que asomada a su ventana escucha los requiebros de su amado, escucha Tecla a Pablo. Como una heroína queda totalmente prendida en las redes del amor, no por un flechazo visual, sino al oírlo. (Una curiosa variación del tópico, como señala R. Sóder.) Una vez conquistada, la muchacha está dispuesta a seguir a Pablo adonde sea y como sea. «Te seguiré por donde tú vayas», dice en los *Acta,* con una expresión de cumplida entrega. Lo mismo que Melita ha sobornado a los carceleros para encontrarse con Clitofonte en el calabozo, Tecla ha vendido sus joyas y se ha fugado de su casa para pasar la noche junto a su amado. Más tarde defiende su doncellez con la misma obstinación que las heroínas novelescas, que también sufren procesos, enterramientos, asedios de fieras, y que a veces se salvan gracias a un milagro divino (de Isis o Helios.)

Reconozcamos, sin embargo, que hay una cierta elevación en los motivos: el amor de Tecla por Pablo es puro y trasciende al plano religioso, sus milagros son más espectaculares, y, al final, ella misma se transfigura en una santa taumaturga de inmenso prestigio, y acaba sola y soberana en la santa colina.

Hay en los Acta un curioso añadido, un episodio final, que da una variante acerca de la desaparición de la santa. Un nuevo milagro sobre el motivo del acoso sexual. Es el último intento de violación de la doncella, aunque un tanto tardío, puesto que la venerable Tecla anda ya por los noventa años. (Tenía dieciocho a su llegada y ha pasado a setenta y dos en su retiro en el santuario.)

El caso es que los médicos de Seleucia se habían quedado sin clientes, por culpa de tantas curaciones milagrosas como lograba la santa. Pensando que era por la protección de Artemis (la diosa protectora de la virginidad), los médicos contrataron a unos sicarios para que violaran a Tecla, creyendo que, con tal mancilla, no lograría conservar el apoyo divino.

Penetraron los malvados en su austera cueva y rodearon a la vetusta doncella amenazándole con una brutal y pronta desfloración. Tecla alza su plegaria a Dios, recordando sus anteriores martirios y milagros, y oye la voz divina que promete su apoyo. Se abre una de las paredes de piedra y por la grieta penetra la santa, en medio del asombro de sus fracasados violadores. Sólo un trozo de su velo queda atrapado en la piedra como reliquia de su paso. Ya no la volvieron a ver en carne y hueso.

Un texto latino algo posterior nos cuenta algo más. Una vez bajo tierra, la peregrina Tecla tomó el rumbo de Roma, y, por debajo de tierras y mares, llegó a la ciudad imperial, donde sabía que había estado Pablo. No pudo, sin embargo, encontrarlo, porque el maestro había muerto hacía muchos años. Como un último gesto amoroso, Tecla quiso ser enterrada en la cercanía de su tumba. (Lo que explica que en Roma se conserven sus reliquias.)

Este final, que no ha recogido el monje de nuestra *Vida,* es estupendo. No sólo porque acredita de gran viajera subterránea transmarina a la santa, sino porque confirma su perenne amor a quien la conquistó tres cuartos de siglo antes en su casa de Iconio. Como la bella Leucipa, la hermosa Tecla salió de su casa escapando junto al hombre que la había seducido, y por el amplio y cruel escenario del mundo se vio asediada y perseguida. Ambas doncellas consiguieron salvar su honra. Sin duda, la cristiana tenía una obstinación mejor fundamentada, que la llevó a una nueva vida espiritual y también social, convertida en evangelista de la fe cristiana, con unos poderes excepcionales, como el de bautizar, predicar, profetizar y curar enfermos incurables. El amor cristiano resulta, pues, desde

esta perspectiva hagiográfica, más provechoso que el pagano. Desemboca además en una acción social más amplia: mientras los amantes tras el final feliz vuelven egoístamente a su hogar y su felicidad privada, el amor cristiano tiene una nueva esperanza y se abre a la caridad.

V

Conviene anotar que el autor de la *Vida y Milagros de Santa Tecla* es un ferviente devoto de la santa, pero no tiene una opinión avanzada sobre las mujeres, sino que comparte los prejuicios tradicionales sobre el género femenino. Pero, como les pasa a Aquiles Tacio y a Plutarco, la propia audacia de su personaje se les impone. La historia narrada expone su lección por sí misma, más allá de las opiniones de los narradores.

En esa misma primera línea destaca la figura novelesca de Cariclea en las *Etiópicas* de Hellodoro, princesa etíope inmaculada que sabe tener a raya a todos sus enamorados y al mismo Teágenes, hasta su triunfo final. Una vez más estamos ante una iniciación que una joven mujer, bella y casta, cumple con pleno éxito, debido a su entereza de ánimo. También en la trama novelesca de Hellodoro, quizás del siglo 111 o del IV -esa novela barroca que admiraron los más grandes escritores europeos del XVI y XVII, desde Lope y Cervantes a Shakespeare y Racine- encontramos una atmósfera religiosa diluida. Al cabo de su viaje los protagonistas acaban en reyes sacerdotes de la piadosa Etiopía, en el culto al dios Helios, una variante de Apolo y del Sol Radiante.

Tanto las novelas como el relato hagiográfico se proponen como aleccionadores. Tienen un espíritu edificante, y de propaganda religiosa (mucho más solapada en las novelas). Cuando están borrosos los ideales políticos, la exaltación de una vida basada en el amor, la fe y la fortaleza de alma, resulta atractiva. Al respecto son típicos los jueces y gobernadores, es decir, los que ejercen el poder político: personajes indecisos, torpes *9* que condenan y luego absuelven, sin entender bien los procesos, cediendo a unos u otros. Los tribunales, tanto en las novelas, como en las vidas de santos, son peligrosos. Rara vez sale absuelto el inocente. Pero la valentía de las mujeres sabe sobrellevar los desmanes y las torpezas jurídicas.

Hay, sin embargo, en la historia de Tecla algunos puntos que motivan el escándalo de Tertuliano. Es la propia joven quien se bautiza -en el estanque de las focas-, tal vez por inspiración divina. No la había bautizado Pablo, a pesar de que la Iglesia mantenía que sólo los hombres, los sacerdotes, eran ministros del sacramento.

Luego Tecla enseña, y hay que reconocer que ha aprendido pronto la lección (incluso Pablo se queda maravillado del tropel de conversos que la sigue). Se puede sostener que sólo a ella, excepcionalmente, le han sido concedidos tales privilegios, y a ninguna otra mujer (como sostuvo Nicetas el Paflagonio). Pero su actitud respecto del bautismo y de la predicación no es el único problema doctrinal en su historia. Esa excelencia de Tecla está ligada a su liberación de las servidumbres femeninas. Citaré de nuevo unas líneas de G. Dagron:

«Tecla es, en un principio, la que rehusa el matrimonio, y sobre este punto el autor de la Vida ha comprendido bien los efectos que podía sacar de dos tesis enfrentadas: apología de la virginidad derivada de las enseñanzas de Pablo, y defensa del matrimonio inspirada en una especie de sabiduría antigua y, más exactamente, romana. El procónsul está muy bien en su papel, y el autor, al darle la palabra a Pablo o a Tecla, matiza, sin traicionarlo, el tema fundamental de la *enkráteia,* guardándose de los excesos y desviaciones sectarias. Sexualidad y castidad están, por otra parte, íntimamente ligadas al problema de la muerte y la resurrección: los dos mismos temas se enfrentan con los mismos protagonistas; se podrá compensar la muerte mediante la procreación y la perpetuación de la especie, o vencerla por el bautismo y la castidad, que son muerte y regeneración personal. Se encuentra en buen sitio en la *Vida* el episodio de Falconilla, salvada por la mártir de la suerte a la que la condenaba su paganismo, un episodio que a menudo fue invocado luego para ilustrar la eficacia de la plegaria de los vivos en favor de los muertos o el carácter provisional de las penas hasta el juicio Final, y que asegura a Tecla, del mismo modo que su "bautismo místico", un lugar de excepción en las letanías de los santos invocados por los moribundos, y en la iconografía**.** Daniel y Tecla están casi en el mismo rango como símbolos de la resurrección.»

Es cierto que la Vida no hace sino retomar temas que ya están en los *Acta* y amplificarlos, a veces con mayor o menor acierto, y con dudosa conciencia de su alcance teológico o dogmático. El monje es muy cauto para evitar excesos heréticos a los que la época era mucho más sensible. Sin embargo, son los propios motivos y la fuerza de la figura femenina lo que deja en ella un aire de rebeldía feminista. «Si la historia de Tecla transporta aún algunos virus de viejas herejías, -señala Dagron-, no es ya por su texto mismo, ahora depurado, sino por la justificación que puede ofrecer a las prácticas de los medios monásticos en los que sobreviven ciertas tradiciones sectarias.»

Porque hay, en el núcleo mismo de la historia, un himno de exaltación de la libertad de la mujer para decidir su destino y para oficiar, dentro de la fe cristiana, con gran dignidad. Por muy bien que hable Pablo en la Vida no deja de hacer un papel más bien

desairado en los trances de peligro: nunca trata de salvar a Tecla, tan sólo se ocupa de sí mismo; es apaleado y expulsado, y no tiene los milagros ni los éxitos de conversiones de la santa. Aquí se nota un tanto el desinterés del biógrafo, que lo ha desplazado a los márgenes. (En los Acta aún es el personaje central.) Pablo se porta un tanto ambiguamente en Antioquía. A las preguntas de Alejandro sobre su acompañante, responde que ignora su sexo. En fin, es la propia entereza de Tecla lo que siempre queda de relieve. Cuando ella le solicita: «Dame solamente el sello de Cristo», rogándole el bautismo, Pablo lo demora con las palabras: «Tecla, persevera y tomarás el agua». Y ella le toma la palabra. Una vez demostrada su magnanimidad, ella misma se bautiza en nombre de Cristo.

Detengámonos un momento en la sentencia de Pablo: **«**Tecla**,** persevera y tomarás el agua (del bautismo»: *Thekla, makrothýmeson kaì lépsei tò hýdor. Makrothýmeson* es un término muy interesante. *Makrothymía es* «tener el ánimo largo» *(makros thymós)* en el sentido de «perseverancia» y de «fortaleza» ante la adversidad, pero también un ánimo amplio ante el peligro y la tortura, una forma de la audacia. Tecla lo muestra en sus hechos. Ser *macróthymos* es también ser *megáthymos* «magnánimo», un adjetivo usado para los héroes y los grandes hombres, un término muy bien considerado en su *Ética* por Aristóteles. Si la época clásica sólo lo utilizaba para hombres, creo que ya podemos admitirlo para estas mujeres que, en un entorno adverso, en una sociedad patriarcal, saben arrostrar la presión social y familiar y se trazan su propio destino. En su rechazo de] destino impuesto, de la tradición dei silencio y la sumisión, Ismenodora, Leucipa, Tecla y otras, resultan ejemplares figuras femeninas «de largo ánimo», de gran alma.

Tal vez anuncian nuevos tiempos, abren caminos. Si las tres triunfan en su empeño, ejemplarmente, no cabe duda de que es Tecla la que obtiene mayor gloria, en recompensa a su extraordinaria «virtud». Despreciando la vida hogareña en Iconio, acaba en Seleucia, tras un arriesgado peregrinaje apostólico. Allí se establece sobre la colina, al margen y por encima de la ciudad, como una anacoreta accesible y una benefactora de los afligidos. En nombre de Cristo funda una breve comunidad monástico, y durante muchos años habita como un héroe protector, medio mago y medio profeta, sustituyendo al héroe local Sarpedonio.

Con su halo carismático Tecla desaloja a las divinidades paganas de la localidad. Como ya notamos, su desaparición en las entrañas de la tierra es un rasgo típico de esos héroes como Edipo o Anfiarao. Ahí queda patente su competencia frente a los antiguos *daimones.* No sólo con Sarpedón o Sarpedonio, sino con los viejos dioses helénicos, ya muy gastados. Al comienzo de los milagros de la santa, el monje refiere que Tecla ha

superado a otros poderes, a las mismas diosas Atenea (a pesar de que ésta tenía armadura y Tecla iba desnuda de atavíos guerreros) y Afrodita y al mismo Zeus local, desterrándolos de sus antiguos cultos.

La carrera de Tecla tiene mucho en común con la de algunas heroínas novelescas. El desafío a la autoridad familiar está aquí representado por esa oposición a su madre; una madre terrible, que se siente abochornada y deshonrada por la conducta de su hija y que exige su muerte. (Es curioso que no sepamos nada de su padre. La autoridad en la casa es la de esa madre, inflexible y terrible guardiana de la moral.) Tecla se disfraza de hombre en dos ocasiones: para seguir a Pablo por los caminos (una buena precaución, que encontramos muy repetidamente en la literatura, y muy especialmente en nuestro teatro barroco. Algún concilio próximo prohibe expresamente a las mujeres ese travestido), y para ir al encuentro de Pablo, desde Antioquía a Mera, con un hábito que parece destinado a convertirse en su atuendo monástico. Como si hubiera renunciado a mostrarse como mujer. Ya antes la bella joven ha renunciado a sus galas -sus joyas, su hermosísima cabellera, sus vestidos- para acompañar a Pablo: ahora es como si quisiera borrar la distinción entre los sexos.

No es extraño que Tertuliano, y algunos otros santos Padres de la Iglesia, celosos de sus prerrogativas masculinas, se sintieran escandalizados ante esa actitud, y trataran de evitar que cundiera tal ejemplo. Santa Tecla era una mártir (entregada a las llamas y a las fieras, pero incombustible y sin rasguños) que bautizaba y predicaba, hacía milagros y resplandecía como una virgen señera y tenaz, lucero de la fe, pero, a la vez, muestra de la incontenible audacia femenina; una avanzada de un cierto feminismo, *avant la lettre,* por supuesto, en sus gestos más que en sus palabras.

APÉNDICE: VIDA DE SANTA TECLA *

«Tecla, esposa de Zamiro, estando cierto día sentada en su casa, a través de una ventana oyó predicar a Pablo, recién llegado a Iconio. Hablaba Pablo en aquella ocasión de la virginidad, y tan prendada quedó Tecla de la doctrina expuesta por el predicador, que se incorporó al número de sus discípulos.

Unos días antes de que esto ocurriera, Tito, predicando en aquel mismo lugar, anunció al público la próxima llegada a Iconio de Pablo, y al hacer este anuncio dijo de él: "Es un hombre de corta estatura, de gruesa cabeza y cejijunto, pero resulta muy agradable tratar con él".

Tecla fue acusada por su propia madre ante el procónsul del delito de haber abandonado el domicilio conyugal para unirse al Apóstol, y el procónsul ordenó que tanto Pablo como Tecla fueran apresados y conducidos a su presencia. Durante el juicio a que fueron sometidos Pablo y Tecla, la madre de ésta no cesó de dar voces acusando a su hija de haber huido del domicilio de su marido y de haberse ido tras de aquel otro hombre. El procónsul, al final del juicio, dictó esta sentencia:

- Que Pablo sea expulsado de Iconio y que Tecla sea quemada viva.

De acuerdo con el dictamen del procónsul, Tecla fue arrojada a una hoguera, pero como se mantuviera totalmente ilesa dentro del fuego, en un determinado momento, al reparar en que Pablo estaba allí, junto a la hoguera, orando por ella, se fue hacia él e inmediatamente ambos se marcharon juntos de la ciudad, y se fueron a Antioquía.

Poco después de que llegaran a Antioquía un hombre se enamoró de Tecla y le propuso:

-¿Quieres ser mi amante?

Como el hombre insistiera en que se fuese a vivir con él y ella rechazara indignada semejante proposición, despachado el tal sujeto la denunció ante el juez, acusándola de adúltera y de sacrílega y consiguió que el juez la condenara a morir en el circo devorada por las fieras.

Al día siguiente, Tecla fue conducida hasta el circo, sacaron de sus jaulas a varios osos, leones y leonas, **y,** pese a que todos estos animales estaban hambrientos, lejos de lanzarse sobre ella comenzaron a comerse unos a otros, sin hacer el menor caso de Tecla, que salió de la pista completamente ilesa. El juez entonces ordenó que la arrojaran a una piscina en la que había cocodrilos y caimanes; y la arrojaron, pero el juez no obtuvo el resultado que pretendía, porque Tecla, al caer en el estanque, exclamó: "Que este agua me sirva de bautismo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", y nada más decir esto, todos los animales feroces que había en el estanque murieron repentinamente.

En vista de este nuevo fracaso fue llevada nuevamente al circo por orden del juez para ver si esta vez una serie de animales más terribles que los que soltaron en la ocasión anterior la devoraban; pero no la devoraron, porque, en el mismo momento en que las fieras salieron de sus jaulas, unas piadosas matronas rociaron a los animales con un líquido muy oloroso que los dejó repentinamente amansados y adormecidos. Como el prefecto viera que las fieras estaban amodorradas y no atacaban a la santa, ordenó que introdujeran en el coso una manada de toros bravísimos cuya acometividad previamente había sido exasperada clavando en sus cascos herraduras de hierro incandescente, y ligando sus turmas con cuerdas muy apretadas; cuando los toros entraron en la pista,

desde las gradas arrojaron a Tecla atada de pies y manos. Los toros la vieron caer, pero no fueron hacia ella, sino que se quedaron repentinamente quietos, sin moverse más de donde estaban, y como las ligaduras con que habían atado a la joven milagrosamente se quemaron, ella salió nuevamente ilesa de la prueba a que había sido sometida, se reunió otra vez con Pablo, y con él se marchó a Seleucia, y con él estuvo hasta que con el beneplácito del mismo regresó a Iconio, en donde al conocer que su marido ya había muerto y comprobar que su madre persistía obstinadamente en su anterior maldad, se puso a vivir con un numeroso grupo de doncellas en régimen de comunidad, gobernando a sus compañeras y exhortándoles a la oración y a la observación de la castidad perpetua; y algunos años después emigró al Señor.»

* Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada* (traducción de fray José Miguel Macías), Madrid, Alianza, 1982.